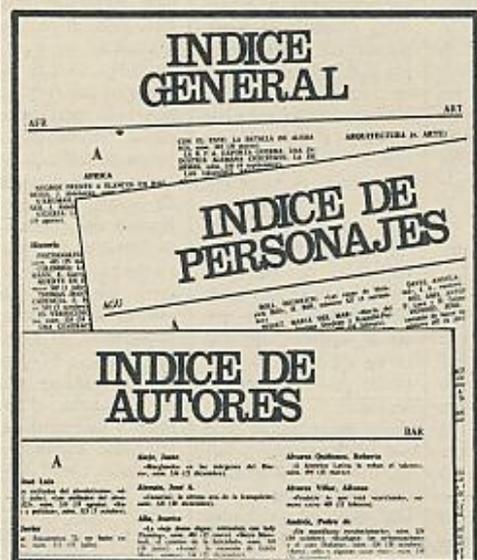


SOLO HASTA EL 31 DE JULIO



«TRIUNFO» HA CONFECCIONADO UN INDICE, CORRESPONDIENTE A LAS MATERIAS PUBLICADAS DURANTE 1972, QUE HEMOS ENVIADO GRATUITAMENTE A TODOS LOS SUSCRIPTORES DE LA REVISTA.



SI USTED SE SUSCRIBE A

triunfo

ANTES DEL 31 DE JULIO PROXIMO, RECIBIRA GRATUITAMENTE UN EJEMPLAR DEL INDICE 1972. PARA ELLO, BASTARA CON QUE NOS REMITA EL BOLETIN QUE FIGURA EN LA PAG. 54.

ARTE • LETRAS •

les» (En las horas confuses, pág. 61). Por sí solas, las ideas nacionalistas pueden producir «un desvarío exaltado, un furor intemperante, una pasión revolucionaria». El círculo se cierra en plena guerra —en algunas de sus conferencias nacionalistas definirá la lucha en términos de «afirmación y negación, sentimientos de amor a la tradición patria, a la religión y al pueblo, por un lado; impulsos de odio, de segregación y de destrucción, por otros—, y culmina con los artículos escritos con ocasión de su regreso a Barcelona, en el invierno de 1939. «Cataluña —escribía— ha seguido una falsa ruta y ha llegado en gran parte a ser víctima de su propio extravío. Esta falsa ruta ha sido el nacionalismo catalanista».

Desde semejantes perspectivas, la reconstrucción de la trayectoria ideológica de Valls y Taberner aparece como una tarea histórica de gran interés. Tal vez por eso es aún más evidente la frustración que entraña la recopilación de textos que acaba de efectuar Antonio Alvarez-Solís bajo el título de *Ideario de Ferrán Valls y Taberner* (Doposa, 1973). En primer lugar, porque el intento de «recuperación» del autor ha primado claramente sobre la fijación de una trayectoria cuyos puntos fundamentales debieran haberse incluido en forma inexcusable. No figuran los textos de la guerra y la posguerra, y la articulación de los anteriores, casi siempre ofrecidos de manera fragmentaria, no va más allá de una sucesión de actitudes. Creo que en la antología de un pensador político han de buscarse sus categorías básicas, en evolución a lo largo de su obra, y no la actitud respecto a un fenómeno histórico o la referencia aislada que puede o no ser marginal en relación al núcleo de sus escritos. Muchos pensadores pudieron aceptar la Repú-

blica o decir dos frases positivas respecto a la constitución británica, sin que por eso su actuación y su ideología fueran ni republicanas, ni siquiera liberales. Además, curiosamente, la misma antología ofrece textos que si son suficientemente amplios y representativos sobre la concepción de Valls respecto a la historia en general y la historia catalana en particular. ¿Por qué no haber seguido el mismo camino con las manifestaciones políticas? Una última observación debe hacerse sobre la tendencia a explicar las contradicciones, insuficiencias o defecciones de figuras políticas ante una crisis en términos de dolor, tristeza y sufrimiento. Pienso que se ha querido mostrar una ejemplaridad donde había una fractura: de ahí tal vez el extraño fenómeno del doble prólogo del *Ideario* comentado, a cargo de Alvarez-Solís y de Antonio Jutglar que, en su nota introductoria apenas hace otra cosa que demarcar respecto a las páginas que la siguen.

■ ANTONIO ELORZA.

La objeción de conciencia en España

Mi colaborador en el Instituto de Técnicas Sociales, Jesús Jiménez, acaba de publicar un libro —como fruto de sus trabajos en el Instituto— que se está convirtiendo en un «best-seller» del país. La editorial Cuadernos para el diálogo publica este libro con el título de «Los Objetores de Conciencia en España».

Tema de la máxima actualidad y de la máxima necesidad.

La simple lectura de los apéndices, donde se describe en detalle la situación de los actuales objetores de conciencia privados de libertad, es significativa del problema que se hace necesario resolver.

Como lo han resuelto en la mayoría de los países cultos.

Sin embargo, el balance es sorprendente, porque en febrero de 1973 solamente había cuatro objetores de conciencia católicos en prisión y, en cambio, sumaban doscientos sesenta y cuatro los Testigos de Jehová que también estaban privados de libertad, uno de los cuales lleva once años en prisión, ya que las condenas reiteradas por resistirse a hacer el servicio militar armado, lleva —dentro de la actual legislación— a esa anómala situación que requiere ser resuelta cuanto antes.

El libro está escrito en forma amena y popular, a pesar de la mucha documentación que contiene, y nos va, poco a poco, introduciendo en el tema de la objeción de conciencia al servicio armado.

Se parte en el libro de la postura no violenta que crece entre católicos, aunque todavía sea muy tímida. Se echa a faltar, sin embargo, algún trabajo sobre las raíces en el primitivo cristianismo de esta actitud no violenta, que sería muy interesante conocer por parte de los que son cristianos.

El resto está más desarrollado, resultando de gran interés los numerosos datos aportados, e incluso el diálogo con el dirigente de los Testigos, señor Orzacz, quien, en forma sintética, pero muy expresiva, retrata las razones y convicciones de este grupo cristiano tan combatido por otros grupos evangélicos.

Hace el libro sus incursiones sociológicas de vez en cuando; y resulta muy interesante lo que dice a propósito del término «secta», aplicable a estos grupos religiosos radicales en su literalismo bíblico. Aclara Jesús Jiménez que si bien los Testigos sociológicamente se pueden encuadrar dentro del término técnico de «secta», no quiere esto decir que esta palabra

tenga la connotación negativa que suele poseer en el lenguaje común, ya que esto sería desvirtuar completamente el sentido real de las convicciones religiosas y de la forma de estructurarse estos cristianos.

Toda la documentación que aporta sobre la situación legalmente favorable a los objetores de conciencia en el extranjero ha de ser de gran utilidad para reflexionar en nuestro país sobre el proyecto de ley que el Gobierno ha enviado nuevamente a las Cortes, y que — en la opinión de muchos — resulta francamente desfasado con lo que es usual en el mundo europeo actual.

Todos deberían conocer mucho más esos pequeños grupos de no violentos, formados de jóvenes españoles que, con ejemplar desprendimiento, procuran difundir sus ideas y ser consecuentes con su actitud, a pesar del hielo que encuentran a su alrededor y del olvido en que se hallan. Yo tengo una gran esperanza en estos pequeños núcleos de no violentos, quienes pueden hacer mucho por una transformación pacífica y profunda de nuestra sociedad; y los cristianos deberíamos meditar — a la vista de su ejemplo — más profundamente en el sentido de no violento del Evangelio, que ahora empezamos a descubrir después de tantos siglos de cristianismo. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

La condición obrera en la España de la Restauración

Segismundo Moret, político liberal (librecambista), era ministro de la Gobernación en 1883 cuando creó una «comisión con objeto de estudiar todas las cuestiones que directamente interesan a la mejora o

bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo». Se trata de estudiar los jurados mixtos, las cajas de retiros y socorros, el trabajo de niños y mujeres, higiene y salubridad en los talleres, créditos agrícolas y desamortización, cooperativas, habitaciones de los obreros y sus barrios... La intención del gobernante era hallar la posibilidad de conciliación entre capital y trabajo («... que son los dos términos de una idea...») y negar la lucha de clases. Un amplio cuestionario — 223 preguntas — circuló como información previa a la reunión de la Comisión de Reformas Sociales, y la clase obrera española aprovechó esta primera oportunidad de hacer conocer sus puntos de vista. El partido socialista tenía en ese momento cuatro años (fundado en 1879). La Agrupación Socialista Madrileña presentó a la comisión un informe que se haría famoso con el nombre de su autor, el Informe Vera (Jaime Vera, médico madrileño, especializado en Psiquiatría, pasado de la burguesía al obrerismo), porque se considera como el primer texto marxista español.

La información se realizó por dos vías, oral y escrita. Constituyó una inmensa aportación de datos, informes, relatos, estadísticas, referidos sobre todo a la condición obrera en la España de la Restauración. Los profesores Elorza y María del Carmen Iglesias han realizado ahora una antología o selección de aquellos textos (en la que incluyen una edición crítica del Informe Vera hecho por el profesor Tomás Giménez Araya) que es de interesantísima lectura; unas veces, por el reflejo histórico de la época y de la sociedad; muchas otras, por la expresión de la esencia misma de la condición obrera no sólo en la época, ni siquiera en España, sino

permanente y universal (1).

Los autores preceden la antología de una larga introducción en la que sitúan los informes en el contexto de su época, explican el desarrollo de un ideario político y dan las claves de los textos teniendo en cuenta su procedencia. La bibliografía sobre esta época va siendo cada vez más abundante, después de un largo período de silencio o de estudios incompletos o tendenciosos (el propio Antonio Elorza, con sus colaboraciones en TRIUNFO y con sus libros, está contribuyendo decisivamente a la ampliación de estos estudios), y esta antología tiene el valor del texto directo redactado por el testigo y a veces luchador dentro de su clase o de su ideología.

Desgraciadamente, la encuesta, los debates, la comisión, no fueron utilizados para hacer una reforma real de estructuras. Las relaciones de capital y trabajo se fueron inevitablemente deteriorando, y la lucha de clases no cesó. En este sentido, también, el libro es un interesante muestrario de antecedentes de otros acontecimientos históricos españoles, en los que los mismos argumentos podrían ser esgrimidos.

(1) Antonio Elorza y María del Carmen Iglesias. *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración*. Con una edición crítica del informe de la Agrupación Socialista Madrileña (Informe Vera), por Tomás Giménez Araya. Editorial Laia. Barcelona, 1973.

El racismo y sus corifeos

En el curso de la Historia, y para justificar la explotación, las clases dominantes han recurrido con frecuencia al racismo. Si ayer, y junto a argumentos teológicos, ello sucedió bajo el esclavismo y el colonialismo, hoy, en el neocolonialismo, en la opresión de los pueblos afro-americanos y otros

en EE. UU., en la superexplotación de los trabajadores inmigrantes en Europa... fluye también la ideología racista. El explotador ha necesitado siempre justificar de algún modo su hegemonía: el esclavo, el colonizado, el negro y el chino de los EE. UU., el obrero emigrado... serían subhombres o infrahombres, como ha denunciado Sartre, y como tales convendría tratarlos. Para fundamentar tal aserción, el curso de científicos ha sido casi siempre indispensable. Y desde Gobienu hasta nuestros días no han faltado estudiosos intentando «demostrar» la inferioridad natural de algunas razas y grupos étnicos. Esta vieja controversia, alimentada por las recientes luchas de las minorías étnicas y de los obreros en la emigración, reaparece hoy con fuerza y es objeto de una apasionada polémica en el seno de la comunidad científica mundial.

De ahí el interés del libro *Ciencia y concepto de raza*, publicado recientemente (1), que reúne las ponencias de destacados especialistas norteamericanos sobre el tema que fueron presentadas en un simposio celebrado en diciembre de 1966 impulsado por el Instituto de Científicos para la Información Pública y organizado por la Asociación Americana para el Desarrollo de la Ciencia.

Margaret Mead, en unas notas a modo de introducción del libro, resume los objetivos de dicho simposio: reflejar el estado actual, tanto de los conocimientos como de la investigación, en lo que concierne a los problemas relativos a la raza.

Para esta destacada antropóloga norteamericana, como para casi todos los demás participantes en la reunión, la comunidad científica debe enfrentarse con sus armas propias, es decir, mediante la investiga-

(1) Editorial Fontanella. Barcelona. Traducción de Pastora Rodríguez.

ción e independientemente de posibles implicaciones sociales negativas, a las dos posturas extremas hasta ahora tradicionales: la anti-integracionista, o racista militante, que con su cúmulo de literatura pseudocientífica está empeñada en demostrar la inferioridad biológica innata del grupo de norteamericanos que socialmente quedan clasificados bajo la etiqueta de «negros», y la integracionista, que negaría, sin argumentos científicos sólidos, las llamadas «diferencias medias entre grupos raciales». Sin duda, tal planteamiento parece correcto; sin embargo, la pretendida «autonomía», «neutralidad» u «objetividad» de las ciencias, o de la mercancía que acostumbra a presentarse bajo connotaciones científicas, está ya lo suficientemente revisada y cuestionada (particularmente en el terreno de las ciencias sociales y humanas) como para que la «tercera vía» propuesta por Margaret Mead se nos aparezca ya desde el principio, y con todo su talante liberal, como extremadamente sospechosa. Sospechosa porque si bien es cierto que el concepto de raza a nivel biológico es comprensible y lógicamente mantenible en todos los frentes, y ello es defendido con ardor en el simposio por biólogos de la categoría de Dobzhansky o de Mayr, cabe preguntarse con Ethel Tobach — uno de los participantes en el simposio — sobre: ¿cuál es la trascendencia de este concepto operacional a nivel biológico con respecto al concepto de raza a nivel social humano donde la no-identidad acarrea consigo connotaciones de superioridad e inferioridad? Lamentablemente, algunos de los científicos participantes en el simposio caen en este error metodológico que supone el no reconocer que cada nivel (biológico y social) tiene sus propias leyes, conceptos y requisitos para descubrir he-

chos e interpretarlos. Este no reconocimiento o ignorancia por parte de muchos investigadores de la existencia de leyes, conceptos y requisitos específicos a nivel social humano, es lo que está en el origen del biologicismo, tan en boga en la actualidad y operativo ya desde las más variadas disciplinas biológicas. Sin ir más lejos, hace escasas semanas, el conocido ecólogo español Ramón Margalef describía a los «países en desarrollo» y a los «países desarrollados» como a «dos poblaciones de una misma especie que utilizan estrategias diferentes» (2).

En el simposio sobre la raza este error metodológico está reflejado, por ejemplo, en la ponencia de Dwight J. Ingle: «Necesidad de investigar las diferencias biológicas medias entre grupos raciales». En ella desarrolla el autor los conocidos análisis racistas sobre la existencia de «una base biológica para explicar la experiencia desventajosa de los negros, como grupo racial, en América y en el resto del mundo». Estos análisis se basan fundamentalmente en las diferencias en las medias intelectuales medidas mediante los conocidos «tests de inteligencia».

Recientemente, el psicólogo británico Hans J. Eysenck, en su libro *The I. Q. Argument* (3), ha intentado hallar una «explicación» a tales hechos. Para Eysenck, los negros americanos tie-

(2) «Los países en desarrollo son comparables a las especies que compiten con la estrategia denominada de la r (por su multiplicación), los países desarrollados utilizan la estrategia de la K (de la ocupación de recursos y del aguanete) (...). (La Ecología, entre la ciencia y el tópico. Reunión Internacional sobre el Desarrollo Económico y el Medio Ambiente, organizada por el Banco Urquijo. Barcelona, 12 y 13 de abril de 1973).

(3) Library Press. New York, 1971. Eysenck tiene publicado en España: *Fundamentos biológicos de la personalidad*. Editorial Fontanella. Barcelona.